

ACTIVIDADES PARA TRABAJAR EN LA FAMILIA

1ª LEEMOS UN CUENTO CON NUESTROS PADRES

Con esta actividad se pretende involucrar a la familia, profundizando los valores de paz y convivencia a través de la lectura de un cuento en familia.

Los alumnos llevarán una copia del cuento para casa y en un sobre cerrado "Lo que deben saber los padres", que es una reflexión sobre su propia actuación ante situaciones problemáticas, y que les sirvan para trabajar o reflexionar sobre el cuento.

Tomás y el cuervo.

Tomás es turbulento y peleón. Anda a golpes con todos los chicos, porque tiene que demostrar lo fuerte que es y que a él no hay quien le gane. Los otros niños le tienen miedo y huyen de él. Por eso Tomás no tiene amigos.

Tomás contesta mal a las personas mayores y, cuando le riñen, se encierra en su habitación y antes tira todo lo que encuentra a su paso o da un portazo.

Una noche, por la ventana de la habitación de Tomás, entra volando un gran cuervo negro.

*Croá, croá ,croá
Este cuervo viene a ayudar.
Tú no puedes ser tan malo;
Será que algo te da palo.
Croá, croá, croá,
Este cuervo viene a ayudar.
Levanta, bravucón,
Y mira mi televisión.
Croá, croá, croá,
Este cuervo viene a ayudar.*

El cuervo sostiene con las patas un televisor pequeño. Aletea tres veces y aparecen las primeras imágenes: "El pequeño cuervo y el Hombre de los Hielos". Como no puedes ver la película, te la contaré.

En las montañas gigantes viven muchos, muchos cuervos, y vive también un cuervo pequeño que siempre está jugando con sus amigos.

Pero un día todo cambia. Los padres del cuervo están construyendo otro nido y tienen mucho trabajo. Les ayuda toda la familia: los abuelos cuervo, el tío cuervo y hasta la tía cuervo. Tan ocupados están con la obra que no tienen tiempo para el cuervito. Y él se siente muy desgraciado. Pasa del enfado a la tristeza, de la tristeza a la desilusión, de la desilusión otra vez al enfado, a la tristeza, al furor y a la indignación. Cuando por fin los padres tienen un momento y preguntan algo al cuervito, él les contesta con descaro y mal humor. Los padres le riñen: *“Vaya pico impertinente que tienes. ¿Por qué no puedes ser amable como los otros cuervitos? ¡aprende de ellos!”*. Entonces el pequeño cuervo piensa que sus padres quieren más a los otros cuervitos que a él y se enfada con los otros cuervitos. Picotea a sus compañeros de juegos y hasta les arranca hermosas plumas de la cola. Naturalmente, los otros cuervitos no quieren jugar en él.

Entonces el pequeño cuervo piensa que todos están contra él, que nadie le quiere. Y se dice, malhumorado: *“¡no necesito a nadie!. Sois todos tontos y antipáticos. Sois malos conmigo. No os quiero”*. Y se dedica a molestar a otros más que nunca, es descarado con los mayores y testarudo con sus padres, que siempre tienen que estar regañándole, dándole sermones o castigándolo. Pero no sirve de nada, el pequeño cuervo sigue metiéndose con todo el mundo. Los padres, preocupados, vuelan a las Montañas Blancas, a pedir consejo al sabio Hombre de los Hielos.

El Hombre de los Hielos, un enanito muy viejo y bondadoso, con una barba blanca muy larga, les aconseja que le envíen al pequeño cuervo a vivir con él en las Montañas Blancas. El Hombre de los Hielos es muy bueno y muy sabio y siempre está dispuesto a ayudar a todos los animales. Son muchos los que van a pedirle consejo o a que los cure cuando están heridos.

El pequeño cuervo llega a casa del Hombre de los Hielos. Sus padres le dicen adiós muy tristes, y la madre hasta llora un poquito. El Hombre de los Hielos saluda al pequeño cuervo con amabilidad, sin hacer caso de su cara de pocos amigos.

Me alegro mucho de que hayas venido. Creo que puedo confiar en ti y que tú podrías ayudarme. ¡Podrías hacerme un gran favor! En mi casa está el Oso Blanco, que tiene un fuerte dolor de vientre. Necesita una hierba especial. Me ayudarías mucho y aliviarías los dolores del oso si me trajeras la hierba del valle. No es tarea fácil, ya lo sé, y comprendo que no tengas muchas ganas. Pero confío en ti. Creo que eres listo y trabajador y que serás una gran ayuda para nosotros. ¿Quieres hacerme este favor?

El pequeño cuervo no sabe qué decir. No está acostumbrado a que los demás confíen en él y mucho menos a que le pidan un favor importante. Vacila, indeciso. Pero contesta con descaro:

- *¿Por qué no? ¡También iba a aburrirme en estas montañas tan solitarias!*

El Hombre de los Hielos no se da por enterado del descaro del pequeño cuervo.

- *Muchas gracias, me das una alegría. Eres muy servicial; no sé como lo hubiera hecho sin ti. Me alegro de poder contar contigo.*

Aunque no quiere reconocerlo, el pequeño cuervo se siente muy orgulloso de las palabras del Hombre de los Hielos, y se va volando rápidamente en busca de la hierba que ha de curar al oso. No es fácil encontrarla entre tantas plantas distintas. Pero el pequeño cuervo se alegra de tener una misión tan importante y de que por fin alguien lo necesite. Encuentra la hierba y vuelve volando a las montañas.

El Hombre de los Hielos está muy satisfecho del trabajo del pequeño cuervo y así se lo dice. El oso se cura pronto gracias a la ayuda del pequeño cuervo y vuelve a estar tan fuerte como antes. Ahora también los otros animales confían en el pequeño cuervo y siempre están pidiéndole ayuda. Ya es casi tan importante como el Hombre de los Hielos. Su primer amigo es el oso, y después, el conejo, el pingüino, la foca,... hasta que todos son amigos del cuervo. Como tiene tanto trabajo y como todos le quieren, el pequeño cuervo se olvida de su mal comportamiento anterior. Se ha vuelto amable y cariñoso y todos pueden confiar en él.

Llegan volando los padres. Se alegran de recuperar a su pequeño cuervo y, mucho más, de encontrarlo tan cariñoso. El Hombre de los Hielos le dice al despedirse:

-Aquí has aprendido muchas cosas. Ahora sabes cómo se puede ayudar a los demás, te has vuelto amable y responsable. ¡Te echaremos de menos!. Ven a visitarnos un día, cuando hayas conseguido que los cuervos te aprecien tanto como nosotros.

Como ahora el pequeño cuervo, además de amable, es listo, se comporta con los otros cuervos con tanta amabilidad como con los animales de las Montañas Blancas. Los cuervos empiezan a estimarlo y todos los cuervos pequeños quieren jugar con él.

Los padres siguen teniendo poco tiempo para el pequeño cuervo, pero le sonríen con orgullo. Así él sabe que no se olvidan de él y que, aunque no puedan estar siempre a su lado, le quieren mucho.

Así termina la película de la televisión mágica. De pronto, a Tomás se le ocurre una idea:

-¿No serás tú el pequeño cuervo? ¿Quieres ayudarme porque yo soy tan tonto como eras tú de pequeño?.

El cuervo mueve la cabeza afirmativamente y da a Tomás una hierba con cuatro hojas redondas.

-¿Qué tengo que hacer con esto? Preguntó Tomás.

*Croá, croá, croá,
Soy el cuervo y te quiero ayudar.
Si un día te vuelves a enfadar
Y a los demás quieres maltratar,
Saca la hierba, aprieta y cuenta:
Uno, dos, tres, cuatro.*

*Y el enfado habrá pasado.
Si eres amable y les ayudas,
No debes tener ninguna duda:
Piensa en el cuervo y ya verás
Que tendrás muchos amigos sin tardar.
No olvides croá, croá, croá,
Ahora somos dos los que podemos ayudar.*

“¿Puedo yo también ser como el pequeño cuervo? ¿Cómo? Aquí, en casa, no puedo curar a un oso. Ni hay un Hombre de los Hielos que pueda ayudarme”, piensa Tomás. Durante el desayuno, cuenta a sus padres su aventura y les pregunta qué puede hacer él para ser como el pequeño cuervo.

Los padres le dicen que podrán jugar todos al juego del Hombre de los Hielos y el pequeño cuervo. Por ejemplo, los papás harán de “Hombre de los Hielos” y dirían a Tomás, bueno al “pequeño cuervo” que les ayudara a cuidar las plantas o les propusiera un menú para el domingo o fuera a comprar algo importante. Es decir, Tomás, como el pequeño cuervo en casa del Hombre de los Hielos, tiene que convertirse en una persona importante dentro de la familia. Naturalmente, siempre que utilice bien el regalo del cuervo negro, es decir, la hierba curativa.

Cuando Tomás empieza a enfadarse o va a decir algo fuerte, saca la hierba, aprieta cada hoja y cuenta despacio: uuuno, dooooo, tres, cuaaaatro. Y piensa en el cuento del pequeño cuervo. Y de verdad que el enfado ya casi se le ha pasado

LO QUE DEBEN SABER LOS PADRES.

La agresividad del niño puede manifestarse con palabras (el niño contesta mal, grita o insulta) o con actos (rompe cosas o golpea a las personas). En la mayoría de los casos, el niño se desahogará con la simple agresión verbal. La conducta agresiva indica que el niño tiene celos, se siente incomprendido o tratado injustamente o sufre falta de atención.

Para corregir la agresividad infantil no basta atajar correctamente los accesos de ira. Lo importante es eliminar la causa de la agresividad. En esto el papel más importante corresponde a la familia. En primer lugar, el niño no debe tener en la familia un modelo de agresividad. Vigile usted las veces que le grita. ¿Consigue usted dominarse? Es indispensable crear para el niño un ambiente de tranquilidad y comprensión. Tiene que sentirse aceptado, verse a sí mismo como un miembro de pleno derecho de la familia, alguien que es necesario e importante para los padres.

Ahora bien, ¿Cuál es la mejor manera de reaccionar a la agresividad del niño?. Gritándole o castigándolo no conseguirán que entre en razón. Eso para el niño será la confirmación de sus temores. ¡No me quieren! ¡No me comprenden!. Y se habrá conseguido todo lo contrario de lo que se perseguía: el niño se vuelve más cabezón y manifiesta su decepción por medio de agresiones.

Las buenas palabras tampoco sirven de nada, ya que el niño siente que con su conducta agresiva consigue la atención que necesita. Por lo tanto, es recompensado por su agresividad. Los argumentos de los padres, sea cual fuere la forma en que los expongan, no son captados por el niño debidamente y no surten efecto.

Primer mandamiento: *pasar por alto la conducta agresiva del niño, es decir, no hacer caso.*

Si existe el peligro de que el niño pueda hacerse daño a sí mismo o a otros o de que rompa algo, hay que *“llevárselo de escena”*. Con calma, pero con firmeza y sin decir palabra, hay que llevárselo de la zona de peligro. Luego, pueden decirle brevemente: *“cuando te hayas tranquilizado, todos lo celebraremos y volveremos a estar contentos”*. En ningún caso se debe encerrar al niño. Simplemente, hay que apartarlo del escenario del conflicto. Si consiguen que no les afecte su rabieta, incluso puede ser preferible permanecer a su lado. Así, cuando se le pase, tendrán la oportunidad de dedicarle inmediatamente una atención positiva. Estos accesos de agresividad pueden durar bastante. Por lo tanto, deben mantener los nervios bien templados.

Como ilustración, ***un ejemplo*** de mis tiempos de directora de colegio:

Toni de ocho años, estaba considerado por sus padres como un Niño difícil desde los tres años (fase de obstinación). La madre era muy nerviosa e impaciente y siempre estaba regañando al niño. El padre, aparentemente tranquilo, podía *“estallar”* de improviso y entonces gritaba a la madre. El ambiente familiar no era, pues, lo que se dice armonioso. Además, Toni tenía celos de su hermano de cuatro años.

Toni se sentía siempre ofendido, atacado, incomprendido. No tenía amigos, y decía que tampoco necesitaba a nadie. Con frecuencia, lo que provocaba en él actos de enorme agresividad eran nimiedades (si la maestra o un compañero decían algo que no le gustaba, si durante la clase de dibujo se le rompía la punta del lápiz de color...). Y entonces salía corriendo de la clase, daba puntapiés a la pared, derribaba sillas o pegaba a los pequeños.

Un día en el patio, a la hora del recreo, empezó a dar puntapiés a los párvulos y decidí llevarlo a mi despacho. Como daba manotazos y se echó al suelo, tuve que sacarlo del patio a rastras. En el despacho, me amenazó con romperlo todo. Yo no respondí a su amenaza y sólo le dije con calma: Me da mucha pena que estés tan enfadado conmigo”. Él se quedó un momento desconcertado, pero se rehizo enseguida y empezó a tirar al suelo los papeles de encima de la mesa. Me observaba atentamente, espiando mi reacción. Yo (con un gran esfuerzo) fingía indiferencia ante sus provocaciones. Le irritó que sus actos no produjeran la reacción habitual y porfió. *“¡Te romperé el teléfono!”* amenazó, y, observándome por el raballo del ojo, se fue lentamente hacia el aparato. Si en aquel momento yo hubiera actuado le habría reafirmado en su agresividad. Levantó el teléfono y lo dejó caer, pero con cuidado. Ahora ya no se trataba de desahogarse rompiendo cosas; ahora la agresividad era su manera de provocarme, de obligarme a reaccionar.

Yo seguía mirándole sin decir nada. Él empezó a perder aplomo, dio unos puntapiés a la pared, arrojó mis lápices al suelo y se volvió hacia la ventana con cara hosca. Había llegado el momento de actuar. Me acerqué a él, le puse la mano en el hombro con suavidad y le dije: *“Me parece que alguien te ha hecho enfadar, ¿verdad?”*. Él no contestó, pero se quedó quieto. Yo empecé a acariciarlo con suavidad y proseguí: *“Duele mucho pensar que los demás no nos quieren. Supongo que a veces debes de sentirte muy solo. He visto que te gusta dibujar y que lo haces muy bien. Me parecen muy bonitos tus dibujos. Mira, tú y yo podríamos ser amigos. Me haría ilusión que, de vez en cuando me regalaras un dibujo para darme una sorpresa. En este despacho faltan dibujos alegres. Mira, aquí, por ejemplo, quedaría muy bien una lámina”*. El niño se iba relajando poco a poco, pero seguía sin contestar. Empecé a recoger los papeles y los lápices del suelo y dije: *“Sería un buen detalle que me ayudaras a ordenar todas estas cosas”*. Sin decir nada, me ayudó. *“¡Gracias por tu ayuda! ¡puedes ser un buen compañero!”*. Al día siguiente yo tenía mi dibujo. Siguiéron otros muchos. Después de varias charlas, sus arrebatos en la escuela disminuyeron rápidamente.

Se instruyó a los padres para que obraran en consecuencia y procuraran descubrir y eliminar las causas de la conducta agresiva del niño. Decidimos implantar un *“Cuaderno de buenas notas”* o *“de estrellas”*. Naturalmente, un niño agresivo llama la atención por su conducta negativa. Los padres se sienten obligados a reprender y sermonear a su hijo “difícil” y muchas veces pasan por alto las cualidades del niño. Si él recibe sólo reacciones a su conducta negativa, no se sentirá motivado para mejorar su comportamiento. El cuaderno de las estrellas sirve también para inducir a los padres a prestar más atención a las cualidades positivas de su hijo. El cuaderno de las estrellas ayudará al niño a desarrollar seguridad y confianza en sí mismo, con lo que los desencadenantes de las agresiones irán perdiendo fuerza.